



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE NOVIEMBRE DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

## Galas de música y literatura

UN BLUES DE DIAMANTES  
CARLOS ALEJANDRO

Joe caminaba por la acera mojada cuando recordó una melodía de John Coltrane y comienza a silbarla. Y de pronto, enfurece porque a media frase olvida cómo sigue el flujo de notas. En ese momento, ve un charco, y alcanza a dar un salto para no pisarlo. Llega a la esquina, dobla a la derecha y diez metros más adelante se introduce por una puerta que conduce a una escalinata. Así, se encuentra frente al estudio de grabación con una consola SSL 9000 J de cuarenta y ocho canales.

Apenas dio unos pasos y reconoció a Alex sentado en su sillón, el que solía ocupar como productor musical. Joe se descolgó de la espalda el estuche con la guitarra acústica, con la que grabaría esa noche. Alex saludó efusivamente y le dio indicaciones a Joe para que lo siguiera al cuarto de grabación. Allí acomodaron una silla y dos atriles para micrófonos condensador, uno de diafragma grande y el otro pequeño.

Alex le pidió a Joe que se acomodara de tal forma que pudiese estar quieto por las siguientes dos horas. Joe cruzó su pierna derecha sobre la izquierda y comenzó a rasgar la guitarra, de madera y caja pequeña, marcando un solo acorde al ritmo atresillado de un blues. Alex acomodó el par de micrófonos, uno junto al otro, frente al brazo del instrumento, cerca del cuerpo y a treinta centímetros de él. Luego le facilitó a Joe unos audífonos y salió del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

En el cuarto de consola, Alex oprimió algunos botones, cambió niveles y mirando a través del vidrio, dijo: ¿me escuchas, Joe? A través de los monitores recibió una respuesta afirmativa. “Vamos a probar la posición de los micros, ¿podrías tocar?” Joe hizo sonar un arpeggio en mi menor, una estela de ciempiés brillante sobre un fondo opaco. Alex silenció desde la consola el Behringer para escuchar solamente el Neuman TLM 103. No alcanzaba a oírse el paso hacia lo opaco. Luego intercambió micrófonos y pudo escuchar la estela brillante. “Voy a recomodar el Neuman”, le dijo a Joe, “voy para allá”.

En el cuarto de grabación, Alex alteró el ángulo del micrófono de diafragma grande, de manera que captara a 45 grados el brazo de la guitarra, y no de frente. Luego volvió a la consola y escuchó nuevamente la guitarra de Joe a través de los monitores de audio. Esta vez, se escuchó la sábana opaca, tal y como quería grabarla a través del Neuman. Alex ecualizó los dos canales ocupados y oprimió un botón diciendo: “Estamos listos, Joe, te voy a dejar oír la base”. Se dirigió a la computadora, borró el track midi del bajo y reprodujo el resto de la maqueta sobre la que había estado trabajando durante el fin de semana. Un sonido de piano ejecutaba la melodía que -dos semanas más adelante- grabaría la cantante.

La pista era una larga ola que rebotaba casi tres veces contra el mar: a setenta y cinco golpes por minuto, una especie de blues, a la Bill Withers, con apenas tres acordes. Verso, verso, coro,

Durante decenios, la sección que llaman “pronóstico del tiempo” en la televisión ha consistido en una mujer sugerente eróticamente que habla sin mayor apasionamiento de vientos, nubosidades, frentes fríos, ondas cálidas y anuncia las temperaturas posibles que pueden sucederse en algunas ciudades. En los periódicos parece una curiosidad en la que puede indagarse si llueve en Atenas, si nieva en Samarcanda o si hace calor en Praga. Sin embargo, desde hace algunos años, el clima se ha vuelto también noticia de primera plana: un huracán, un ciclón, un maremoto, la canícula han vuelto a advertirse como una amenaza para el ser humano, aunque se les considera con frecuencia como “desastres naturales”.

Hacia 1936, en la primera de las pláticas radiofónicas que mantuvo en la BBC y que se convirtieron en el libro A través de la casa del tiempo, R. A. Watson Watt sostenía que acertadamente el clima importaba nuestro principal tema de conversación y afirmaba que la civilización consiste en sobreponerse al clima; “la civilización es una victoria sobre el tiempo y la tempestad –le temps et le temps- y la mayor victoria es la obtenida contra la tempestad”. Creía asimismo que “el sastre y el albañil son los agentes manifestos que la civilización posee contra el tiempo. El inventor del paraguas debería tener una estatua en cada población, si no



verso y salida. Un viaje por un túnel corto que nunca llega a oscurecerse completamente.

En el cuarto de grabación, Joe ejecuta acordes de séptima y onceava, un picoteo con el jazz, con la somnolencia del carbono, con esto y aquello que huele a petróleo crudo y que se desvanece sobre el mármol mojado, que da un salto y entonces pide que se apriete el disparador de la cámara fotográfica justo en el momento decisivo, a la Cartier Bresson. Entonces Joe toca los acordes de sol y la, mientras recuerda la melodía olvidada de John Coltrane, y la contrapuntea jugando con sol y la, luego con mi menor, y así crea una joya tan dura como el diamante, un quilate de sonido que no obtendrá de esa misma guitarra, en millones de años.

UNAS LÍNEAS PARA ADÈLE  
OLGA DE LEÓN

“Existe un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer” (Pitágoras, en el proemio de una obra de Beauvoir). Con esta frase como proemio, empieza Simone de Beauvoir su Le Deuxième sexe I (El Segundo sexo), con dedicatoria a Jacques Bost. La escribe entre 1947 y 1948. Años que marcan la desapercibida aparición en el mundo, de dos seres, bajo la estela de un cielo iluminado por constelaciones que viven bajo el influjo de hechizos y escorprios. Y, llegan a un hogar en donde el hombre se destaca por su aprecio a la mujer como un ser no inferior a él, sino igual o superior. Suerte para la esposa y las hijas, que él haya tenido una madre y hermana brillante, que tal idea sembraron como algo natural en su mente y corazón. Esas ideas libertarias e igualitarias, y su amor por las revoluciones que llevaron progreso a sus naciones, serían el crisol y la cuna para forjar el espíritu de quienes lo suced-

erían. Y aunque viviría poco –cincuenta años-, fue suficiente para acabar decepcionado de algunas naciones e ideologías mal practicadas, que: dicho sea con apego a la verdad, más se desilusionó de sus gobiernos y quienes ostentaban el poder, que nunca de sus pobladores, ni de la auténtica filosofía que sustentan las ideas cristianas, humanas y sociales. No mucho o nada han cambiado las cosas.

Pienso también en los versos de Valéry que la Beauvoir introduce en otra de sus obras: “Cada átomo de silencio es la posibilidad de un fruto maduro”... y de donde, ella infiere: “De esta lenta gestación van a nacer frutos inesperados. Esta aventura de la cual he participado apasionadamente no ha terminado: la duda, el fracaso, el tedio de los estancamientos, luego una luz entrevista, una esperanza, una hipótesis confirmada; después de semanas y meses de paciencia...”

La mujer moderna, no la del libro y filme norteamericano que representa una sátira a la modernidad uniformada bajo la concepción sexista de los roles; no esa, sino la que hoy sigue sin comprender su grandeza ni su valía como mujer y como humano. Ella tampoco ejerce su libertad, ni independencia, ni carácter de ser irrepitible y única, sin recurrir a sus curvas para que la diferencien, o a esa femineidad que se le impone desde fuera, social, moral y religiosamente.

Algo como este largo proemio a mi cuento, fue quizás lo que vivió Simone y aún sueñan con ello, algunos espíritus prisioneros que continúan bajo la tutela de un hombre para que sus vidas cobren valor: tremenda realidad en pleno siglo XXI.

La otra vida, la que nadie o muy pocas han vivido, es la que permea mi cuento:

Escribir fue por años su sueño. Y, no es que no escribiera, era que no publicaba. “¿Qué puedo decir” -me pregunta-

ba, -“¿Qué, que sea diverso de lo que en tantas páginas se ha dicho ya. -Muy poco, le dije yo, sin que con ello pretendiera desalentarla; solo quise -en esa ocasión- empatar con su idea, con su criterio.

Y un día, tras más de veinticinco años de no vernos, de no coincidir en el camino, ella empezó a publicar. Así fue como supe de su existencia. Porque reconocí su tejido y entretendido de palabras en unos cuadernillos que llegaron a mis manos, firmados por Adèle. Pseudónimo no muy original de aquella amiga de la infancia, Adela. Siempre amó el idioma francés y la cultura de Francia. Tiene que ser ella, pensé.

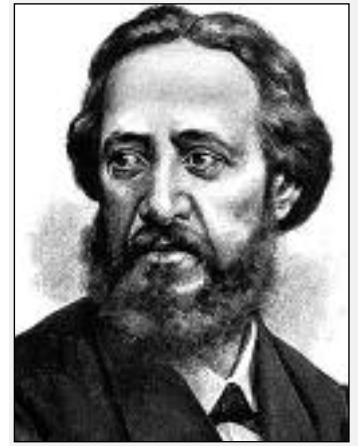
Versos como: “No me digas que mucho me amas // si cuando lo dices, tus ojos callan. // Deja que te descubra poco a poco // quizás bajo tanta capa de piel / tu ser espera sentir mi alma // Pero, no me mientas ni te engañes. // No me digas que mucho me amas // si cuando lo dices, tus ojos callan. // Porque lo que anhelas no es a mí // sino la debilidad que anida en mí”.

Y sí, aquellas ideas, aquellos versos, son los que en ella descubrí desde adolescente. Aunque ambas callábamos, ninguna pronunciaba el más leve sonido... Y, sin embargo, nuestras almas pensaban al mismo ritmo: libertad no de sexo, libertad de pensamiento y palabra, nuestra mente y espíritu gritaban. Mientras, hacíamos camino en las ciencias y las artes, siguiendo cada cual su destino.

Tu esencia y la mía son lo mismo, entiendo hombre, varón o masculino. Tu mundo también es el mío. Tú no le das nombre a mi humanidad ni a mi criterio; a pesar de que te impones de una u otra forma; nosotros sabemos escamotear tus planes y designios, encasillados desde un anquilosado cerebro. El mío no es masculino ni femenino; es simple y llanamente, ¡cerebro y espíritu!

cancción memorable. Sin embargo, al escribir sobre “El diluvio y su representación en la pintura”, Leonardo da Vinci conjeturaba: “Se verá el obscuro y nebuloso aire, mezclado con la continua lluvia y azotado por furiosos vientos, los cuales arrastran, ora aquí, ora allá, ramas desgajadas y hojarasca del otoño. Se verán viejos árboles desarraigados y arrastrados por el furor de los vientos. Se verán ruinas de montes deslavados por el curso de sus torrentes, cayendo éstos e invadiendo los valles. Los ríos inundarán las tierras y ahogarán a sus pobladores. Aun podrían verse, en las cimas de los montes, varias especies de animales, asustados y al fin domesticadamente reunidos, en compañía de hombres y mujeres con sus hijos. Campos inundados de agua, y, entre las olas, una enorme cantidad de barcas, tablas, camas y tantos otros instrumentos hechos por la necesidad, o aconsejados por el miedo a la muerte, sobre los cuales irán mujeres, hombres y niños, llorando y lamentándose, asustados por el furor de los vientos y del oleaje, que sacaron a flote los cadáveres de los ahogados”.

No pocos consideran a Leonardo un visionario por los artefactos que maquinó, entre ellos “el gran pájaro”, pero también legó profecías que auguraban: “Las obras del hombre serán la causa de su perdición”.



Manuel Payno

Escritor mexicano a quien se considera uno de los iniciadores de la novela costumbrista. Terminados sus estudios, Manuel Payno trabajó como meritorio en la aduana de su ciudad natal. Después pasó al Ministerio de Guerra con el grado de teniente coronel como jefe de sección. En 1842 se le nombró secretario de la Delegación Mexicana en Sudamérica e hizo su primer viaje a Francia e Inglaterra. Más tarde, el presidente Antonio López de Santa Anna lo envió a Nueva York y Filadelfia para estudiar el sistema penitenciario.

En 1847 combatió contra los norteamericanos y estableció el servicio secreto de correos entre México y Veracruz. Durante la administración de José Joaquín de Herrera se desempeñó como ministro de Hacienda (1850-1851) y durante el gobierno de Ignacio Comonfort fue secretario de esa misma cartera. Payno contribuyó al golpe de Estado de 1857, por lo que se le procesó y apartó de la política. Restaurada la República, fue elegido diputado varias veces. En 1882, con el gobierno de Manuel González, fue enviado a París; en 1886 fue nombrado cónsul de Santander y después cónsul general de España. Tras su regreso a México en 1892 ejerció brevemente como senador.

Aunque cultivó la poesía en su juventud y escribió para el teatro, la mayor aportación literaria de Manuel Payno está en el campo de la novela. Siguiendo los pasos de José Joaquín Fernández de Lizardi, cultivó la narrativa costumbrista, pero, a diferencia de aquél, no lo movió una intención moralizante; su literatura manifiesta más bien un deseo de entretener. Es, en este sentido, un autor folletinesco; sus libros están llenos de peripecias y lances increíbles, e incluso en algunos introdujo elementos fantásticos.

Con la novela folletinesca El fistol del diablo (1845-1846) inició en México la modalidad de la edición por entregas, e inauguró el cultivo de la novela romántica, a la que aproximó al realismo. Su obra más importante, escrita durante su estancia en España, es Los bandidos de Río Frio (1889-1891), recreación del México de la primera mitad del siglo XIX. Aunque Payno en esta última pretendió escribir una novela naturalista, resulta obvio que no lo logró. Los bandidos de Río Frio más parece, pasado el tiempo, un guión de cine del género western que una obra de arte; se le reconoce, sin embargo, haber utilizado hábilmente este estilo folletinesco para trazar ese gran cuadro épico del inicio de la vida independiente del país. Otros títulos de su producción son la novela El hombre de la situación (1861), y Tardes nubladas (1871), colección de narraciones cortas. Payno fue también un impulsor del periodismo y colaboró activamente en El museo mexicano. También escribió en el Ateneo mexicano, El año nuevo, Don Simplicio, El federalista y en la Revista científica y literaria de México, donde dio a conocer su novela El fistol del diablo.

ad pèdem literae

“La mucha luz es como la mucha sombra: no deja ver.”

Octavio Paz

Letras de buen humor

“Educación es lo que queda después de olvidar lo que se ha aprendido en la escuela.”

Albert Einstein

Javier García-Galiano

## El fascinante mundo del clima

fuera por la dificultad, sin duda permanente, de hallar la expresión escultórica del alma de un paraguas”.

El paraguas no es el único objeto precioso que se ha derivado de la defensa contra el clima; también nos ha deparado objetos admirables como la veleta, el termómetro, el barómetro, el pararrayos, que pueden convertirse en un augurio y un personaje como ocurre con el barómetro en Tifón, el libro de Joseph Conrad en el que el capitán MacWhirr del vapor Nam-Shan, construido en Dumbarton por una empresa mercantil de Siam, Sigg e Hijo, se encuentra “frente a frente con un descenso del barómetro del que no tenía por qué desconfiar. El descenso, teniendo en cuenta la calidad del instrumento, la época del año y la posición del vapor en el globo terrestre, era de carácter ominosamente profético”.

No sólo los objetos que se han concebido para conocer el clima resultan fascinantes; también los nombres y las representaciones que se han hallado para identificar las diversas formas de la lluvia, los vientos, las manifestaciones del sol contienen mitologías inconclusas y sug-

ieren historias que parecen infinitas como un círculo. “Y es que también me seducen los nombres de los vientos”, confesaba Juan José Arreola: “boreas, noto, palabras que me habitan desde niño: ‘Pero de nuevo se desprende el noto / y los lleva su aliento de gigante / con impiedad contra el helado soto...’ Un poema sobre las hojas secas, precioso, cuyo autor se me escapó. Y tenemos también el cierzo, el aquilón y desde luego el mistral como el apellido de Federico y después claro de Gabriela, que como decíamos lo tomó de él, y que se llama también maestra. Sopla en las llanuras provenzales, quién sabe en qué cañones apeninos. Yo lo experimenté en Toulouse, es un viento fuerte, que todo se lleva”.

Quizá en la tempestad puede hallarse el origen de la pintura de Turner, ciertos cuadros de Caspar David Friedrich parecen proceder de la niebla y Vicente Rojo transformó la lluvia mexicana en una obra íntima. Johannes Brahms imaginó un Regentlied, un Lied de la lluvia; la lluvia que Hans Eisler describió de catorce maneras musicales y a la cual José Gabilondo Soler, Cri Cri, le dedicó una